



PASEOS POR LONDRES VIRGINIA WOOLF

PRÓLOGO
DE LAURA FREIXAS

TRADUCCIÓN
DE LLUÏSA MORENO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

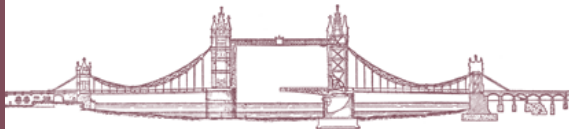


VIRGINIA WOOLF (1882-1941) fue una de las escritoras más complejas y originales de la primera mitad del siglo XX. En sus obras de madurez, y en los muchos relatos que nos legó, siempre hay una voluntad de acompasar el relato a una perspectiva y voz única, incomparable. Con su marido Leonard Woolf y su hermana Vanessa Bell participó activamente en la creación del Grupo de Bloomsbury, una heterogénea suma de intelectuales y artistas que compartían un ideario abierto y progresista. Dejó un puñado de novelas, relatos cortos y diarios que tuvieron un gran impacto en el momento de su publicación y que fueron rescatados de nuevo a partir de los años setenta como la muestra de una literatura original y plenamente vigente. Por la editorial que creó con su marido, *The Hogarth Press*, fueron pasando muchos de los más interesantes autores del momento. En plena madurez y acosada por sus fantasmas personales, que arreciaron a causa de la gran guerra, decidió poner fin a su vida arrojándose al río Ouse, cercano a su casa de campo, Monk's House. Era el 28 de marzo de 1941 y solo contaba cincuenta y nueve años.

LAURA FREIXAS. Escritora, ensayista y columnista. Es autora de varias novelas (*Entre amigas*, *Amor o lo que sea*, *Los otros son más felices*, *A mí no me iba a pasar*); ensayos (*Literatura y mujeres*, *La novela femenil y sus lectoras* y *Ladrona de rosas*) y relatos autobiográficos (*Adolescencia en Barcelona hacia 1970* y *Una vida subterránea*). Desde hace años trabaja en la figura de Virginia Woolf, sobre la que ha escrito artículos, dictado conferencias, cursos, talleres de lectura y traducido sus diarios íntimos para la editorial Grijalbo Mondadori.

PASEOS POR LONDRES VIRGINIA WOOLF

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS
TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO



PASEOS
POR
LONDRES
VIRGINIA
WOOLF



{13}

PRÓLOGO

Londres, eres una joya

LAURA FREIXAS

{21}

CAPÍTULO I

ESSAY

23 Ruta Callejera

{43}

CAPÍTULO II

LONDRES

45 Abadías y catedrales

55 Cámara de los Comunes

65 Casas de grandes hombres

75 Marea de Oxford Street

85 Muelles de Londres

97 Retrato de una londinense

{107}

CAPÍTULO III

ALGUNOS RELATOS EN LONDRES

109 Kew Gardens

121 La duquesa y el joyero

133 Señora Dalloway

{149}

CAPÍTULO IV

OTROS ARTÍCULOS Y ENSAYOS SOBRE LONDRES

151 Vuelo sobre Londres

161 Extranjeros en Londres

169 Músicos callejeros

179 Retorno a Londres

{186} BIOGRAFÍA Y CONTEXTO

{198} CRÉDITOS FOTOGRÁFICOS

INFORMACIÓN ADICIONAL

1 La vida de Virginia Woolf [18]

2 Mapa literario de Bloomsbury [40]

3 Londres libresco [41]

4 Saint Paul y Saint Mary Le Bow [52]

5 La librería Hatchard [52]

6 Abadía de Westminster [53]

7 El Parlamento británico [63]

8 Good Housekeeping [63]

9 Londres en la literatura [72]

10 Extranjeros en Londres [73]

11 De compras por Londres [82]

12 The Hogarth Press [82]

13 Vanessa Bell [83]

14 El comercio en el Támesis [94]

15 La ceremonia del té [104]

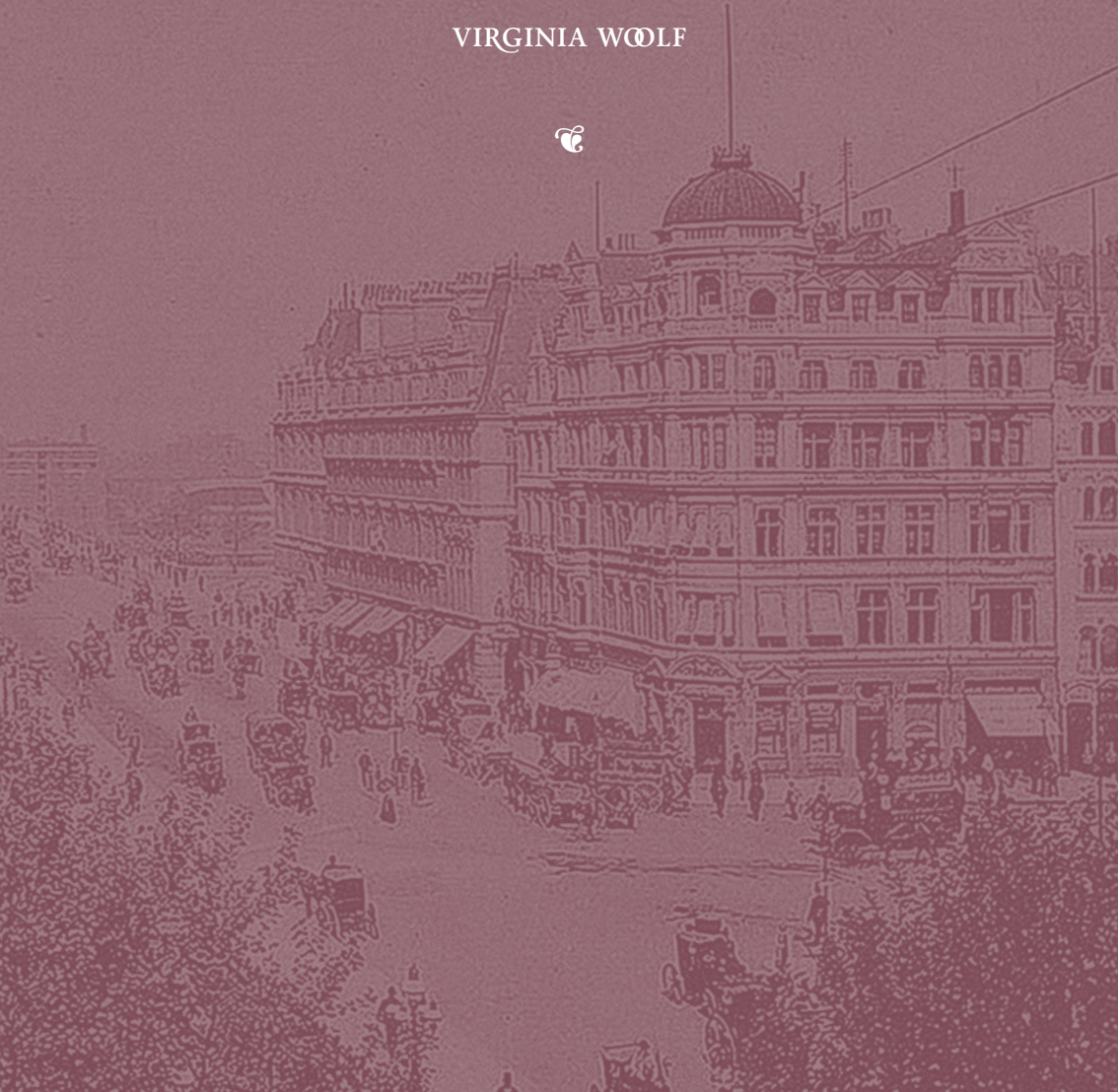
INFORMACIÓN ADICIONAL

- 16 Cockney [105]
- 17 Los jardines Kew Gardens [118]
- 18 La obra de Virginia Woolf [119]
- 19 El Grupo de Bloomsbury [130]
- 20 Los ómnibus [131]
- 21 Clarissa Dalloway [146]
- 22 Las casas de Virginia Woolf [147]
- 23 Aeroplanos sobre Londres [158]
- 24 La destrucción de sus casas [159]
- 25 La guía Baedeker [166]
- 26 Sus viajes a España [167]
- 27 Algo de música [176]
- 28 Carta a Leonard [182]
- 29 Carta a Vanessa [183]



*Londres a todas horas atrae, estimula;
me brinda una obra de teatro,
una historia y un poema, sin dificultad alguna,
salvo la de caminar por sus calles...
Andar sola por Londres es el mayor descanso.*

VIRGINIA WOOLF







PRÓLOGO

LONDRES, ERES UNA JOYA

«Londres, eres una joya entre las joyas¹... Música, conversación, amistad, vistas de la ciudad, libros, edición, algo central e inexplicable: todo eso, ahora, está a mi alcance», escribía Virginia Woolf en su diario el 9 de enero de 1924. Y es que acababa de pasar siete años junto con su marido, Leonard Woolf, en un barrio suburbano, Richmond, y el año que empezaba iba a ser el de su regreso al centro de la ciudad. Virginia y Leonard acababan de alquilar un piso en el número 52 de Tavistock Square, en el corazón del barrio que tanto amaban y que dio su nombre al grupo de escritores y artistas al que pertenecían, Bloomsbury.

¹ «Londres eres una joya entre las joyas, y jaspes de la alegría». Virginia Woolf anota esta cita en su entrada del diario del miércoles 9 de enero. La toma del poema de William Dunbar (1465?-1530?), «In Honour of the City of London». (N. de la e.)

Virginia Woolf conocía bien la ciudad, escenario de la mayor parte de sus novelas (*El cuarto de Jacob*, *La señora Dalloway*, *Las olas*, *Los años*). Había nacido en ella, en 1882, y pasado su infancia en la casa familiar junto a Hyde Park. A la muerte de su padre, en 1904 (su madre había muerto en 1895), sus hermanos y ella tomaron una decisión insólita: vivirían los cuatro juntos en un piso alquilado en Gordon Square, en un barrio entonces nada elegante, Bloomsbury. ¿Por qué Bloomsbury? Porque era céntrico y barato, y estaba cerca del Museo Británico y de su impresionante biblioteca. Los Stephens eran una familia de intelectuales y artistas, y la vocación literaria de Virginia estaba tan clara como la de pintora de su hermana Vanessa Bell. Más adelante, tras su boda en 1912, los Woolf vivieron en la City, entre 1917 y 1924, en Richmond (allí se convirtieron en editores, fundando The Hogarth Press), y finalmente volvieron, como se ha dicho, a Bloomsbury.

Los textos incluidos en esta edición son seis artículos que Woolf escribió para una revista femenina, *Good Housekeeping*, en 1931, más tres relatos (*Kew Gardens*, *La duquesa y el joyero* y *Señora Dalloway*), cuatro breves ensayos cuyo escenario es Londres y un texto maravilloso, *Street Haunting*, excelente muestra (figura en innumerables antologías) de ese género que en inglés se llama *essay* y que no tiene fácil traducción: a medio camino entre lo general y lo particular, entre el reportaje y la autobiografía, es un texto breve que no constituye propiamente un relato, ni un artículo de opinión, ni un ensayo. Dejemos el nombre en inglés y no en español porque apenas hay nada parecido en el ámbito hispano. Pero, aunque pertenezcan a géneros literarios distintos, en todos estos textos refleja Woolf una misma visión de Londres: una ciudad caótica, contradictoria, vertiginosa, en plena transformación, y que su variedad y vitalidad convierten en fascinante. Una ciudad cuyo encanto «radicaba en que siempre ofrecía algo nuevo que mirar y comentar» (*Retrato de una londinense*).

Situémonos en el primer tercio del siglo xx. Son los años en que se generalizan el automóvil, la electricidad, el agua corriente, la radio, el

gramófono, el metro, las fábricas, los grandes almacenes... Es la era de lo fragmentario y movedizo: Woolf compara Londres con un puzle, exalta su perpetua «carrera y desorden» (*Marea de Oxford Street*). Máquinas, velocidad, movimiento: es la era del futurismo, el cubismo, las vanguardias, el cine. Es también la era de los imperios coloniales; de la Revolución Rusa, de la Gran Guerra; del sufragismo, victorioso por fin en 1928 en el Reino Unido. En Londres, los símbolos del pasado, noble, sólido, intemporal, se yuxtaponen con los del presente vulgar, pasajero: «Sus catedrales como vigías, sus chimeneas y agujas, sus grúas y gasómetros», anota Woolf; ya no es, o no solo, una ciudad de palacios, estatuas de mármol, cenotafios de poetas, sino de «zapatos, pieles, bolsos, estufas, aceites, pudin de arroz, velas». Bucólicas iglesuelas rodeadas de apacibles cementerios alternan con fábricas de jabón o de papel pintado, y los grandes hombres de siglos pretéritos —aristócratas, estadistas, escritores— dejan paso a «un millón de Mr. Smiths y Miss Browns» que se afanan por las calles camino a la oficina, a la fábrica, o de compras. Y de todo ello emergen nuevas y extrañas formas de belleza, que explorarán los artistas de la época, dando el rango de arte a esos despojos o trastos que los surrealistas llamaron *objets trouvés*, «objetos encontrados». Ya no es, como en el pasado, un Londres «que no ha sido construido para durar», sino «para caducar» (*Marea de Oxford Street*).

Y a Virginia Woolf ese Londres le gusta. Le gusta su vitalidad: es un lugar donde «la gente se encuentra y habla, ríe, se casa, muere, pinta, escribe, actúa, gobierna, legisla» (*Retrato de una londinense*). Le gusta que sea el centro del mundo: «Es difícil hallar una nave que, en su día, no haya echado el ancla en el puerto de Londres» procedente de la India, Rusia, Australia, Suramérica, trayendo colmillos de mamut siberiano, tortugas galápagos, sacos de canela de los que surge de pronto una serpiente... Y llegan, también, británicos que vuelven de las colonias, y cuentan sus «aventuras entre tigres y salvajes» (*Los muelles de Londres*).

Le gusta, sobre todo, la variedad. Variedad de barrios: observa los matices estéticos y sociales que diferencian Piccadilly Circus de Savile Row, Whitechapel de Mayfair, Bond Street de Oxford Street, Hampstead de Cheyne Row, y narra el ascenso social de un personaje a través de sus mudanzas (*La duquesa y el joyero*). Variedad de objetos: acordeones, libros de segunda mano, broches, anillos, estatuas de mármol, tulipanes, pelucas, cigarrillos envueltos en papel plateado, «sofás que se apoyan en los cuellos dorados de unos orgullosos cisnes», «alfombras que se han hecho tan finas con el tiempo que sus claveles prácticamente han desaparecido en un mar verde pálido» (*Ruta callejera*)... Variedad de personas: dos hombres barbudos y ciegos; una ladrona; una enana probándose zapatos; vendedores de tortugas, de mangos de paraguas, de estampas de mártires; una pareja que se casa... Londres representa la libertad, por lo menos mental: nos permite hacernos la ilusión de no estar amarrados «a una única mente» (*Ruta callejera*).

Nunca, quizá, como en el primer tercio del siglo XX, fue tan acusada la diferencia entre la gran ciudad y las zonas menos urbanas. Estas, Woolf las conocía por sus veranos de infancia, con su familia, en la costa (evocada en varias de sus novelas, sobre todo en *Al faro*, aunque esta se sitúa supuestamente en Escocia mientras que en realidad los Stephen veraneaban en St. Ives, en Cornualles), y también porque frecuentaba el campo: a partir de 1919, ella y Leonard tuvieron casa en el condado de Sussex, a un centenar de kilómetros de la capital. Justamente, la presencia de la naturaleza en la ciudad es uno de los rasgos más personales de la visión que Virginia Woolf tiene de Londres. El asfalto no le impide percibir la aparición, cuando llega la primavera, de tulipanes, violetas, narcisos, u observar las palomas, o escuchar «leves crujidos y susurros de hojas y ramitas» (*Ruta callejera*); la llegada del calor le hace anhelar «sombra y soledad» y «dulces fragancias procedentes de los campos de heno» (*Ruta callejera*). Y además de la observación, también los símiles y metáforas le permiten introducir, en su descripción de los paisajes urbanos, el recuerdo de la naturaleza, a

menudo con un toque de humor, como cuando compara la búsqueda de un lápiz con la caza de un zorro, los libros de la biblioteca pública con animales domesticados (al contrario de las «aves de plumas abigarradas» que pueblan las librerías de viejo), los barcos amarrados al muelle con criaturas aladas atadas a la tierra por una pata, o las estatuas de los grandes hombres con leones marinos.

¿Y qué conclusión, qué síntesis, extraer de todo ello? Ninguna. «Es inútil llegar a algún tipo de conclusión en lo tocante a Oxford Street»: así termina el texto que dedica a esa calle. Lo que nos recuerda una frase clave de *Alfaro*: «Nada es una sola cosa». Es el principio, o uno de ellos, que preside su literatura: todo fluye, todo cambia, se mueve. Las generaciones se suceden y se tapan unas a otras como olas, los personajes son distintos según quién les mire y diferentes también para sí mismos en distintos momentos; la vida es un río que la artista captura y congela en la única eternidad posible, la del arte. Pero ni siquiera el arte aprehende nada de una vez por todas, porque la realidad no está hecha solo de granito, sino también de arco iris... Es así como Londres, reflejado en estos textos hermosos, poéticos, humorísticos y reflexivos como todos los suyos, termina encarnando la visión que Virginia Woolf tenía del mundo y de la vida.

LAURA FREIXAS





1

LA VIDA DE VIRGINIA WOOLF

Virginia Stephen nació en Londres en 1882 y murió en 1941 en Lewes, Sussex. Sus padres, Leslie y Julia, habían enviudado con anterioridad lo que sumó a sus cuatro hijos, Thoby, Vanessa, Virginia y Adrian, los habidos en sus anteriores matrimonios: Laura, George, Stella y Gerald. Su madre murió cuando Virginia tenía trece años, circunstancia que originó uno de los primeros episodios depresivos que iban a ser recurrentes toda su vida, pues ahora se sabe que padecía un trastorno bipolar. Su hermanastra Laura también padecía problemas mentales y fue internada, y Stella, que se había quedado al cuidado de la prole, murió sorprendentemente en su viaje de novios, por lo que la relación de las hermanas Vanessa y Virginia fue muy estrecha y dependiente toda la vida. Desde muy pronto acordaron que la una iba a ser pintora y la otra escritora. Las dos hermanas se educaron en casa con la biblioteca de su padre, Leslie Stephen, periodista, filósofo, autor y editor del *Dictionnary of National Biography*. A la muerte del padre los hijos se trasladan a Bloomsbury. Parece probado que en este periodo de convivencia con sus hermanastros mayores se produjeron abusos sexuales tanto a ella como a Vanessa.

En la casa comenzaron las reuniones con amigos, intelectuales y artistas del entorno de su hermano Thoby en Cambridge, que después germinaron en el Grupo de Bloomsbury y entre ellos apareció Leonard Woolf, entonces economista y funcionario del Estado en Ceilán e India y con quién se casó en 1912 cuando Virginia contaba treinta. Fue un feliz matrimonio vinculado, además, por la creación de la editorial The Hogarth Press donde publicaban casi todos los autores del grupo.

El periodo de madurez literaria de Virginia Woolf se extiende de 1924 hasta muy avanzada la década de los treinta. En esos años produce una literatura de fuerte personalidad y muy innovadora, pues abordaba la escritura desde la fluidez de la conciencia y la rapidez de giros inspiradores de la mente, experimentando con los recursos formales de la narración, aunque estructurados alrededor de un núcleo abierto no caracterizado por los personajes o el argumento. Las tiradas de sus obras fueron notables para la época, lo que permitió a la pareja, arreglar Monk House, su casa de campo, construir su estudio —*Una habitación propia*— y hasta comprar un coche. Con su fama comenzó una vida social muy activa que no la distrajo de la escritura.

La relación con Vita Sackville-West comenzó en diciembre de 1925 antes del inicio del viaje a Persia con su marido Harold Nicolson y se mantuvo unos once años. Una vez apagada la pasión aún continuó como una relación estrecha y con el conocimiento de sus respectivos maridos. Sus cartas en ese periodo son apasionadas y expectantes y muestran la intimidad y la intensidad de su relación amorosa.

Después del bombardeo de la casa londinense el matrimonio se refugió en Monk House, pero en la primavera de 1941 arreciaron sus problemas mentales. El 28 de marzo se arrojó al río Ouse con los bolsillos de su abrigo llenos de piedras. Dejó dos cartas a su marido y una a su hermana Vanessa en las que expresaba su deseo de no ser una carga. En realidad, durante décadas, el suicidio y la muerte aparecen siempre como una constante en sus escritos, sus diarios y cartas. Mas tarde su sobrino Quentin Bell escribió la primera biografía de su tía y su figura se oscureció hasta que fue rescatada por el Movimiento Feminista de los años setenta.







CAPÍTULO II

LONDRES

Londres en sí mismo es perpetuamente atractivo; atrae, estimula, me ofrece una obra de teatro, y un cuento y un poema, sin tomarme la más mínima molestia, como no sea la de mover las piernas por las calles.

31 DE MAYO DE 1928
DIARIO ÍNTIMO



MAREA DE OXFORD STREET

A bajo, en el muelle, las cosas se ven en su tosquedad, en su volumen, en su enormidad. Aquí, en Oxford Street, se han refinado y transformado. Los gigantescos barriles de tabaco húmedo se han convertido en innumerables cigarrillos perfectamente cilíndricos, envueltos en papel de plata. Los corpulentos fardos de lana se han hilado y se han convertido en finas camisetas y suaves medias. La grasa de la lana de las ovejas ha dejado paso a una fragante crema para pieles delicadas. Tanto aquellos que compran como aquellos que venden han experimentado la misma transformación en la ciudad. Ya sea caminando a paso airoso o caminando con distinción, ya sea con abrigos negros o con vestidos de raso, la figura humana se ha modelado tanto como el producto animal. En lugar de levantar y tirar, abre hábilmente cajones, despliega rollos de seda sobre mostradores, toma medidas y corta con varas y tijeras.

Oxford Street, huelga decirlo, no es la calle más distinguida de Londres. Los moralistas han despreciado a aquellos que compran en ella, y por ello cuentan con el apoyo de los elegantes dandis. La moda ofrece recovecos secretos junto a Hanover Square, en los alrededores de Bond Street, a la que se retira discreta para llevar a cabo los más sublimes rituales. En Oxford Street hay demasiadas gangas, demasiados descuentos, demasiados artículos rebajados a un chelín, once peniques y tres cuartos de penique que, hace solo una semana, costaban dos chelines y seis peniques. La acción de comprar y vender es demasiado ostensible y escandalosa. Sin embargo, a medida que se avanza hacia el atardecer, y mientras se pasea entre luces artificiales, montones de seda y relucientes ómnibus aumenta la sensación de que una puesta de sol eterna baña Marble Arch, y la estridente, vulgar y enorme cinta de Oxford Street se muestra fascinante. Es como el lecho pedregoso de un río, cuyos cantos rodados se ven pulidos por una espejeante corriente. Todo brilla y centellea. El primer día de primavera hace salir carretones colmados de tulipanes, violetas y narcisos, superpuestos en relucientes capas. Los frágiles carretones cruzan inseguros el sinuoso flujo del tráfico. En una esquina, unos desabridos magos logran hacer revolotear unos papelitos de colores dentro de unos mágicos tambores giratorios y se convierten, así, en unos espigados bosques con una flora de espléndidas tonalidades a modo de jardín subacuático. En otra, unas tortugas descansan sobre un lecho de hierba. La más lenta y contemplativa de las criaturas realiza sus plácidas actividades en un espacio muy reducido del pavimento, protegiéndose celosamente de los pies de los transeúntes. Se deduce que el deseo que siente el hombre por la tortuga, como el deseo que siente la palomilla por la estrella, es una constante en la naturaleza humana. Sin embargo, el hecho de que una mujer se detenga y añada una tortuga a la ristra de paquetes que lleva es quizá la visión más insólita que pueda contemplar el ojo humano.

Teniendo en cuenta todo esto, las subastas, los carretones, la baratura, el oropel, no se puede afirmar que Oxford Street se caracterice

por su refinamiento. Es un criadero, un hervidero de sensaciones. Del pavimento parecen germinar horrendas tragedias; aquí los divorcios de actrices, los suicidios de millonarios tienen lugar con una frecuencia que se desconoce en los austeros solados de los barrios residenciales. Las noticias cambian más deprisa que en cualquier otra parte de Londres. Es como si la prensa de los transeúntes ávida de tinta exigiera nuevas remesas de las últimas ediciones con más rapidez que en ningún otro lugar. La mente se convierte en una pegajosa plancha que recoge impresiones, y Oxford Street despliega sobre ella un interminable haz de imágenes, sonidos y movimiento cambiantes. Los paquetes se caen y se golpean; los ómnibus rozan la acera; el arrollador estruendo de una banda de música al completo queda reducido a una brizna de sonido. Autobuses, furgonetas, coches, carretones se precipitan en tropel como las piezas del rompecabezas de una película. Un brazo blanco se alza, y el rompecabezas se vuelve más denso, se coagula, se atasca; el brazo blanco desciende, y el rompecabezas fluye de nuevo, manchado, retorcido, embrollado, sumido en una carrera y un desorden infinitos. El rompecabezas nunca encaja, por más que lo contemplemos.

En las orillas de este río de ruedas en movimiento, nuestros aristócratas modernos han construido palacios, del mismo modo en que, en un tiempo pasado, los duques de Somerset y Northumberland, los condes de Dorset y Salisbury levantaron en los flancos del Strand sus mansiones señoriales. Las diferentes casas de las grandes empresas son testimonio del valor, la iniciativa, la audacia de sus creadores, en la misma medida en que las grandes casas de Cavendish y Percy lo son de estas cualidades en algún condado lejano. De las entrañas de nuestros comerciantes nacerán los Cavendish y los Percy del futuro. De hecho, los grandes señores de Oxford Street son tan magnánimos como cualquiera de los duques o condes que derramaban oro o repartían hogazas de pan entre los pobres en las puertas de sus propias mansiones. Ahora bien, la generosidad de los primeros adopta una forma distinta. Adopta la forma de la excitación, del espectáculo, de la diversión, de escaparates

iluminados por la noche, de banderas ondeando durante el día. Nos dan las últimas noticias a cambio de nada. La música escapa libremente de los salones de banquetes de estas mansiones. Basta con un chelín, once peniques y tres cuartos de penique para poder gozar de todo el cobijo que ofrecen sus espaciosas salas de techos altos, así como del suave montón de alfombras, del lujo de los ascensores, y del brillo de las telas, alfombras y platería. Percy y Cavendish no podían dar más. Por supuesto, estos obsequios se hacen con un fin, que es sacarnos del bolsillo el chelín y los once peniques con la mayor facilidad posible; pero los Percy y los Cavendish tampoco ejercían su munificencia sin albergar la esperanza de recibir cierta recompensa, ya fuera la dedicatoria de un poeta, ya fuera el voto de un campesino. Tanto los antiguos señores como los nuevos han contribuido de forma considerable a engalanar y animar la vida humana.

No obstante, no se puede negar que estos palacios de Oxford Street son unas moradas algo endebles; tal vez sean terrenos en lugar de viviendas. Uno es consciente de que anda por unos tablones dispuestos sobre unas vigas de acero, y que el muro exterior, a pesar de su recargada decoración pétrea, apenas tiene el grosor suficiente para resistir la fuerza del viento. Un enérgico golpe propinado con la punta del paraguas puede causar un daño irreparable en la estructura. Muchas de las casas de campo que se construyeron como viviendas de campesinos y molineros, en los tiempos en que la reina Isabel ocupaba el trono, permanecerán en pie para ver como estos palacios se desmoronan. Los muros de las antiguas casas de campo, con sus vigas de roble y sus hiladas de ladrillo visto, unidas a conciencia con cemento, siguen ofreciendo una firme resistencia a los barrenos y taladros que tratan de introducir la moderna bendición de la electricidad. Sin embargo, puede que un día cualquiera de la semana veamos como Oxford Street desaparece con los golpes del pico de un obrero, quien, en peligroso equilibrio desde un polvoriento pináculo, derriba paredes y fachadas con suma facilidad, como si estuvieran hechas de cartón amarillo y azúcar glasé.

De nuevo, los moralistas arremeten con su menosprecio. Y es que esta endeblez, estas piedras como de papel, estos ladrillos que se desintegran, reflejan, según dicen, la frivolidad, la ostentación, la premura y la irresponsabilidad de nuestra época. Pero quizá estén tan equivocados en su menosprecio como lo estaríamos nosotros si exigiéramos al lirio que fuera fundido en bronce, o a la margarita que tuviera pétalos de imperecedero esmalte. El encanto del Londres moderno radica en que no ha sido construido para durar; ha sido construido para caducar. Su cristalinidad, su transparencia, sus crecidas olas de yeso de colores ofrecen un placer y unos resultados distintos del placer y los resultados que perseguían los antiguos constructores y sus clientes, la nobleza de Inglaterra. El orgullo de esta exigía la ilusión de la permanencia. El nuestro, de lo contrario, parece deleitarse en demostrar que somos capaces de lograr que la piedra y el ladrillo sean tan transitorios como nuestros propios deseos. No construimos para nuestros descendientes, que quizá vivan en las nubes o bajo tierra, sino para nosotros mismos y nuestras propias necesidades. Derribamos y reconstruimos, del mismo modo que esperamos que nos derriben y nos reconstruyan. Se trata de un impulso que contribuye a la creación y la fertilidad. Se incita al descubrimiento, y se pone la inventiva en alerta.

Los palacios de Oxford Street hacen caso omiso de lo que les parecía bueno a los griegos, a los isabelinos, a los nobles del siglo XVIII. Se tiene la abrumadora convicción de que, si no se concibe una arquitectura que haga perfecta ostentación del neceser, del vestido de París, de las medias baratas y del tarro de sales de baño, tanto los palacios, mansiones y automóviles de los actuales aristócratas, como las casitas en Croydon y Surbiton, donde residen sus dependientes —que son gente bien situada, a fin de cuentas, con su gramófono y su radio, y dinero para ir al cine—, todo esto estará condenado a la ruina. De ahí que dispongan la piedra de un modo tan increíble; que compacten en una delirante confusión los estilos de Grecia, Egipto, Italia y América, y que se atrevan a buscar un aire de fastuosidad, de opulencia, en su intento de convencer

a la multitud de que, en estas construcciones, la belleza eterna, siempre lozana, siempre nueva, muy barata y al alcance de todo el mundo, brota burbujeante, cada día de la semana, de un pozo inagotable. A Oxford Street le resulta abominable el simple hecho de pensar en la edad, en la solidez, en la perennidad.

Por consiguiente, si el moralista decide dar el paseo de la tarde por esta calle en concreto, debe estar predispuesto a captar algunas voces extrañas y peculiares. Más allá del tumulto de las furgonetas y los ómnibus, oímos todos esos gritos. Bien sabe Dios, exclama el vendedor de tortugas, cómo me duele el brazo, y lo difícil que es vender una sola tortuga, pero ¡ánimo!, me digo. Quizá se acerque un comprador, de ello depende que esta noche duerma en una cama; por esto, con la mayor discreción para no alertar a la policía, debo seguir vendiendo tortugas en Oxford Street de sol a sol. En verdad, asegura el gran comerciante, mi intención no es la de educar a las masas para que posean una mayor sensibilidad estética. Debo aguzar el ingenio para colocar la mercancía en la carreta de modo que reduzca los costes al mínimo y logre el mejor resultado. Poner unos dragones verdes en lo alto de las columnas corintias quizá sea de ayuda; probémoslo. Reconozco, comenta la mujer de clase media, que me paso horas y horas yendo de un lado para otro, mirando, cambiando, regateando y removiendo los retales de todos y cada uno de los cestos. Sé que mis ojos brillan sin el más mínimo decoro, y que agarro las prendas y me abalanzo sobre ellas con repulsiva codicia. Pero mi marido es un humilde empleado de banco, y tan solo dispongo de quince libras al año para vestirme; por eso acudo aquí, para pasear y echar un vistazo tranquilamente, para ir, si puedo, tan bien vestida como mis vecinas. Soy una ladrona, dice una mujer que es del mismo parecer, y dama de vida alegre, por si fuera poco. Aun así, hace falta mucho valor para robar un bolso del mostrador cuando una clienta está distraída; y puede que, después de todo, tan solo contenga unas gafas y unos billetes de autobús ya usados. Pues bien, ¡ahí voy!

En Oxford Street siempre se oyen miles de voces que chillan como estas. Todas están tensas, todas son reales, todas, apremiantes, porque tras ellas siempre hay alguien que debe ganarse la vida, encontrar una cama, alguien que necesita mantenerse a flote de algún modo en la arrolladora, despreocupada y despiadada marea de la calle. E incluso un moralista, del que cabe suponer, puesto que es capaz de estar toda la tarde soñando, que tiene una cuenta en el banco; incluso un moralista debe permitir que esta calle arrabalera, bulliciosa y vulgar nos recuerde que la vida es una lucha, que todos los edificios son perecederos, que todos los escaparates son vanidad. De todo ello quizá podamos deducir... No, mirándolo bien, hasta que a algún hábil tendero no se le ocurra la idea y abra celdas para pensadores solitarios, celdas adornadas con felpa verde y provistas de luciérnagas automáticas y un rocío de esfinges de la muerte auténticas que induzcan al pensamiento y a la reflexión, es inútil llegar a algún tipo de conclusión en lo tocante a Oxford Street.



Aunque hubo un tiempo en que Oxford Street era famosa por sus bailes de máscaras y sus luchas de osos, desde 1900 la calle del West End de Londres es popular por sus tiendas, al igual que Bond Street, Regent Street y otras *shopping-callejuelas*, que experimentaron un cambio radical cuando grandes almacenes empezaron a construirse en ellas. Edificios enormes con fachadas de piedra, esculturas de bronce y escaparates tentadores que atraían y engullían clientes. Fortnum and Mason, John Lewis, Dickens and Jones, Liberty... y el que es, después de Harrods, el más famoso de los *department stores* londinenses: Selfridge.

*Teniendo en cuenta todo esto, las subastas, los
carretones, la baratura, el oropel, no se puede afirmar
que Oxford Street se caracterice por su refinamiento.
Es un criadero, un hervidero de sensaciones.*

La editorial de Richmond nació como un hobby para el matrimonio Woolf. Por diecinueve libras, compraron una imprenta manual que instalaron en el comedor de su casa, en el 34 de Paradise Road. *The Mark on the Wall*, relato de Virginia Woolf, y *Three Jews*, de Leonard, fueron las primeras páginas que la máquina imprimió. Un éxito inesperado siguió a la edición de *Kew Gardens* (1919) y, lo que empezó como una distracción, pronto se convirtió en un verdadero negocio del que la escritora luego se desentendió. Katherine Mansfield, T.S. Eliot, Clive Bell, John Maynard Keynes o Vita Sackville-West fueron algunos de los autores, amigos del Círculo de Bloomsbury, que publicaron sus obras bajo el sello The Hogarth Press.

Las hermanas Stephens, Vanessa y Virginia, solo se llevaban tres años, por ello y también debido a su temprana orfandad, tejieron una relación personal muy intensa que duró toda la vida. Muy pronto sellaron el pacto por el que la una se haría pintora y la otra escritora, como así fue. Vanessa estudió pintura en la Royal Academy y se interesó por el impresionismo francés al que contribuyó a divulgar en Inglaterra. Cultivó el retrato, los interiores y el paisaje y, como ilustradora, realizó algunas portadas para la editorial de los Woolf, la Hogarth Press, entre ellas muchas de las obras de su hermana Virginia. En 1907 se casó con Clive Bell con el que tuvo dos hijos, Julian —murió en la contienda española— y Quentin. Después tuvo una hija, Angelica, con el pintor Duncan Grant. Al igual que su hermana Virginia, Vanessa practicó la libertad de relaciones íntimas, algo perfectamente admitido entre el grupo de intelectuales de Bloomsbury. Murió en su casa de Charlestone en 1961.







BIOGRAFÍA Y CONTEXTO

25 de enero de 1882

Londres | Gran Londres

INGLATERRA



28 de marzo de 1941

Lewes | Sussex

INGLATERRA



Virginia Woolf nació el mismo año en que murió Charles Darwin (1882) y se suicidó pocos meses antes de que el cielo de Londres volviera a incendiarse con el segundo bombardeo de la Luftwaffe (1941). Cincuenta y nueve años de historia que quedaron grabados en sus libros y diarios.

1882 — **25 de enero.** Nace Adeline Virginia Stephen, tercera y segunda hija, respectivamente, de Leslie Stephen y Julia (Jackson) Stephen. Ambos padres habían estado casados previamente y enviudado. Además de Virginia el matrimonio tuvo otros tres hijos: Vanessa, Thoby y Adrian. Por su parte el primer matrimonio del padre añadía una hija: Laura, y el de la madre, tres hermanastros más: George, Stella y Gerald. La familia vivía en el 22 de Hyde Park Gate en Kensington.

Leslie Stephen el padre, historiador, ensayista y montañero comienza el trabajo de edición de su obra más celebre: *Dictionary of National Biography*.

1897 — Jubileo de Diamante de la Reina Victoria.

1895 — **5 de mayo.** Muere su madre Julia Stephen a la edad de 49 años; Virginia tenía 13. Nacida en la India se trasladó posteriormente a Inglaterra. Fue modelo de algunos de los pintores prerrafaelitas como Edward Burne-Jones y de la hermana de su madre: la fotógrafa Julia Margaret Cameron.

Verano. Primer desorden depresivo de Virginia Woolf.

1897 — **19 de julio.** Muere su hermanastra Stella a la edad de 28 años.

1899 — Guerra de los Boer. Revueltas sufragistas por el derecho al voto que en Inglaterra se concede en 1928.

Su hermano Thoby ingresa en el Trinity College de Cambridge.

1904 — **22 de febrero.** Muere su padre Leslie Stephen. Los cuatro hermanos: Vanessa, Thoby, Adrian y

No son las catástrofes, los asesinatos, las muertes,
las enfermedades las que nos envejecen y nos matan;
es la manera como los demás miran y ríen
y suben las escalinatas del bus.

El cuarto de Jacob
VIRGINIA WOOLF



COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

VL#3

Historias sicilianas

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE PALOMA ALONSO

GIOVANNI VERGA

VL#4

*Diarios de una
nómada apasionada*

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO

DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

ISABELLE EBERHARDT

VL#5

Vida privada

PRÓLOGO DE JESÚS FERRERO

TRADUCCIÓN DE BLAS PIÑERO

CHEN RAN

VL#6

Habladurías de mujeres

TRADUCCIÓN DE BLAS PIÑERO

LIN BAI

VL#7

Paseos por Londres

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS

TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO

VIRGINIA WOOLF



El Londres literario, el Londres refugio e inspiración de tantos escritores, asoma a estas deliciosas páginas como una muestra de la escritura de Virginia Woolf en todas sus facetas: ficción, ensayo, artículos... La vida y la obra de Virginia Woolf siempre aparece impregnada de la vibrante atmósfera londinense. El bullicio de sus calles, el ruido del tráfico, la serena majestuosidad de sus edificios, sus tiendas y librerías, los personajes que, como ella misma, dibujan el alma literaria de una ciudad pueblan estos relatos. En estos textos, y también en sus *Diarios*, confiesa el placer que siempre le procura deambular por su ciudad, arriba y abajo, con esa atención flotante que va desde los atestados ómnibus, hasta sus músicos callejeros, sus monumentos, jardines, calles, todo aquello que hace que Londres no se parezca a ninguna otra ciudad. A estos *Paseos por Londres* hemos convocado algunos de sus más celebrados relatos en los que la ciudad es más que un paisaje o un ambiente pues se transforma en el alma de la historia que acoge.

El principio, o uno de ellos, que preside la literatura de Virginia Woolf: todo fluye, todo cambia, se mueve. Las generaciones se suceden y se tapan unas a otras como olas, los personajes son distintos según quién les mire y diferentes también para sí mismos en distintos momentos; la vida es un río que la artista captura y congela en la única eternidad posible, la del arte. [...] Es así como Londres, reflejado en estos textos hermosos, poéticos, humorísticos y reflexivos como todos los suyos, termina encarnando la visión que Virginia Woolf tenía del mundo y de la vida.

LAURA FREIXAS

Virginia Woolf percibe Londres como el centro de una civilización muy antigua que, además, se reinventa y renueva constantemente.

HERMIONE LEE

Si leer es viajar sin moverse, este libro comete magia de la buena: Virginia toma al lector de la mano y lo pasea invisiblemente por una ciudad sugerida por la palabra, y solo escondida en el papel.

EL OBSERVADOR

Pocas veces este Londres victoriano de matices y contradicciones ha podido ser retratado con esta exquisita sensibilidad y lucidez.

DIARIO.ES

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ISBN: 978-84-17594-92-3
THEMA: 1DDU-GB-ESLF, DNL